



de su Santo Sepulcro, la gloria de su nombre en todas las partes de la tierra, y la perseverancia de sus aspiraciones y esfuerzos en tan sagrado propósito.

Así es que, á pesar del temor que toda criatura debe sentir al acercarse á la Majestad del autor de la vida, Cristóbal Colon estaba tranquilo y lleno de esperanza. Pocos momentos ántes de espirar pidió la Extrema-uncion (1); y como se mantenía clara y tranquila su inteligencia, siguió las oraciones que se decían por él, repitió sus responsos, y escuchó humildemente al sacerdote que le encomendaba el alma. Al fin, tras una regular agonía, en la hora de las doce de la mañana, el discípulo del Verbo dirigió al Padre Supremo las mismas palabras que profirió el Salvador al morir en la cruz: «Dios mio, en tus manos encomiendo mi espíritu» (2), y espiró.

Era el 20 de Mayo de 1506, día de la Ascension.

Así como en tiempo de las persecuciones de la Iglesia se daba sepultura á los mártires en las catacumbas, juntamente con vasos lacrimatorios y la imágen de los instrumentos del suplicio, las cadenas con que la ingratitud aprisionó de piés y manos al mensajero de la cruz bajaron con él á la tierra. En seguida los padres franciscanos acompañaron el cuerpo á la catedral, donde se celebró con gran modestia el funeral, y despues de concluida la ceremonia lo depositaron en las cuevas de su convento de la observancia. De esta manera, Colon, que debió su primer hospedaje en España á la Orden Seráfica, recibió tambien de ella el último. Pocos días habian trascurrido, y ya nadie en Valladolid, excepto la familia franciscana, pensaba en tan doloroso suceso, y puede asegurarse que más sensacion causaria hoy en cualquier lugar la muerte del alcalde, que ocasionó á la sazón en toda España la pérdida del hombre que duplicó el espacio de la creacion.

(1) Herrera. *Historia general de las Indias Occidentales*, Década 1, lib. IV, cap. XV.

(2) «Y dicho estas dos últimas palabras: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.*»—Fernando Colon, *Historia del almirante Cristóbal Colon*, capítulo CVIII.

Ni el historiógrafo real, Pedro de Angleria, que en otra época se preciaba tanto y tan justamente del trato familiar (1) que con él tenía, se dignó ocupar de su enfermedad y fin, bien que cuando éste ocurrió se hallase muy próximo á Valladolid, en Villafranca de Valcázar. Otro tanto aconteció con los redactores del *Cronicon* (2), que consignaban en él hasta las cosas más triviales y de ménos cuenta.

La gran nueva, la principal ocupacion del momento era la llegada de la princesa doña Juana, con su galán esposo el archiduque don Felipe. Y como prestaba asunto para todas las conversaciones las querellas que se se suscitaban entre ambos esposos, por la frialdad del marido, y la mal recompensada ternura de la amorosa hija de Isabel; y además, se afirmaba, que los pesares habian comenzado á alterar la razon sin desminuir la llama de su amor; que el rey D. Fernando aborrecía á su yerno, y que éste, por su parte, lo detestaba; y luégo se veía la corte ágitada y dividida en intrigas y partidos, el nombre de Colon quedó relegado al más completo olvido. Y si á lo dicho se agrega que en una cédula del rey, del día 2 de Junio de 1506, catorce pasados de la muerte del almirante, S. A., al disponer que se remitiesen á su hijo mayor D. Diego el oro y los objetos de su pertenencia (3), no mandó escribir una sola de esas palabras que sabe inspirar, ya que no el agradecimiento, la buena educacion, se verá más claramente el desprecio en que se le tenía.

Tan poco notada fué su muerte en Castilla que, años despues, várias obras publicadas en el extranjero, hablaban de él como si viviese. Pero Roma velaba por su gloria, y protegía del olvido el nombre preclaro é inmortal del revelador de la creacion.

Siete años habian trascurrido, y á medida

(1) «Scripsit enim ad me Præfectus ipsi marinus cui sum intima familiaritate devinctus.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ Decadi primæ, liber secundus*.

(2) El *Cronicon* de Valladolid, que principia en 1333 y concluye en 1539, mencionando hasta las mayores trivialidades, pasa en silencio la muerte de Colon, ocurrida en 1506.

(3) Coleccion diplomática.—*Documentos diplomáticos*, núm. CLIX.



que se extendian los descubrimientos se iba haciendo cada vez más evidente la importancia de las obras de Colon, hasta que, al fin, comprendiendo el viejo D. Fernando que ni las calumnias, ni la injusticia podían prevalecer sobre ellas, deseoso de tranquilizar su conciencia ó de engañar la opinion pública, determinó de borrar en cierto modo el recuerdo de su mal comportamiento, y adquirir de esta manera fama de monarca generoso, mandando que se le hiciesen á costa de la corona solemnes honras, y que Castilla concediese dos varas de tierra para su sepulcro al hombre que la enriqueció con la mitad del globo.

En efecto, en el año de 1513 se turbó la fúnebre soledad de Cristóbal Colon, á consecuencia de una real orden, que disponia fuesen sacados sus restos del convento de Franciscanos de la Observancia de Valladolid y trasladados con gran pompa á Sevilla, en cuya magnífica catedral debían tener lugar unas honras solemnes. No hay duda de que los altos funcionarios de marina y los empleados de la casa de Contratacion, aquéllos que pusieron todo su esmero en impedir que llevase á feliz término sus nobles deseos, aquéllos que vertieron la hiel de las ofensas é injurias sobre su corazon, que acortaron su vida y denigraron su fama, asistirian, vestidos de ropas de duelo, con maneras hipócritas, apropiadas á la circunstancia, y ocuparían lugar preferente al rededor de su catafalco. ¡Extraña ceremonia, preparada por el autor de su muerte, y celebrada con el concurso de los principales cómplices de su asesinato moral! ¡Consortio sacrilego de la piedad y el odio!

¡Jamás en templo alguno de la tierra fueron objeto de tanta solemnidad despojos más gloriosos; pero tambien aquellas honras eran la única recompensa que recibía del mundo el que lo duplicó! ¡En vida mereció cadenas y amarguras sin cuento; despues de muerto, al ménos, rezaron por él sus enemigos!

Terminada la ceremonia, llevaron sus amigos los cartujos, el ataúd al otro lado del rio Guadalquivir, y lo depositaron en su pacífico retiro de Santa Maria, no entre los sepulcros de los señores de Alcalá, como equivocada-

mente dice el analista de Sevilla, sino en un lugar de nueva construccion, que mandó hacer en la capilla de Cristo Fr. Diego de Lujan, al pié mismo del altar.

De esta suerte quedó el almirante bajo la guarda y proteccion de los piadosos monjes, que tanto le amaron en vida, y entre los cuales gustaba de reposar su espíritu; y allí permaneció dormido en el Señor hasta el año de 1526, en cuya época volvieron á resonar las bóvedas de su sepulcro, y se colocó á su lado el cadáver de su heredero D. Diego, de quien, al fin, habian logrado deshacerse tambien los mismos que acabaron con su padre.

Despues, tras un olvido de diez años, fueron sacados los restos de Colon de la Cartuja y trasladados á bordo de una carabela. De esta suerte el hombre que primero franqueó los espacios del Océano, inflamado de santa esperanza, y el que primero lo surcó cargado de cadenas, fué el primero que debió atravesarlo en un ataúd para volver con ellas al mismo sitio en que se le pusieron.

Durante el año de 1536, el cuerpo de Colon fué, pues, trasladado de Castilla á Santo Domingo, la ciudad edificada por su mandato, y á la cual habia dado por armas, además de la torre y el leon de Isabel, la cruz y la llave, emblema del catolicismo (1); quedando depositado en una bóveda del santuario de la catedral, á la derecha del altar mayor.

Luégo trascurrieron doscientos setenta años, y llegó á ser tal el abandono y olvido en que se dejaron los gloriosos despojos del almirante, que en 1770 se ignoraba en la isla el lugar en que estaban, hasta que un francés, Mr. Moreau de Saint-Merry, tuvo la fortuna de descubrirlos en la catedral y de restaurar el sepulcro (2).

(1) Si bien Ovando cambió la situacion de Santo Domingo con notorio perjuicio de los verdaderos intereses de la colonia, tanto los habitantes como una gran parte de los materiales de la nueva ciudad provenian de la antigua y formaban la continuacion de la que fundó el adelantado, conforme á las órdenes de Cristóbal Colon.

(2) *Annales maritimes et coloniales*, tom. IX, página 342, 1.ª serie.—«Il retrouva dans une église de Santo Domingo le tombeau de Christophe Colomb dont habitants du pays ignoraient l'existence.»





Habian tenido lugar entre los hombres numerosos acontecimientos, así en la mar como en la tierra, cuando un tratado concluido con Francia, aseguró á ésta en 1795 la posesion definitiva de la Española; y no queriendo España abandonar á los nuevos poseores de la isla la célebre reliquia, se decidió su exhumacion y traslacion á Cuba por la iniciativa del general de la Armada, don Gabriel de Aristizabal. En su consecuencia, el 20 de Diciembre de 1795, se reunieron en la catedral las autoridades civiles y militares de la colonia, y ante ellas se abrió la bóveda, donde se hallaron fragmentos de un ataúd de plomo, mezclados de huesos y polvo, los cuales fueron piadosamente recogidos y depositados en un cofre de plomo dorado, con cerradura, y cubierto además «de terciopelo, guarnecido de galon y flecos de oro» (1). Provisionalmente se le colocó en un catafalco colgado de negro, ante el cual, los franciscanos, fieles á su antigua amistad, velaron y dijeron misa.

Al otro dia el gobernador de Santo Domingo y las oficialidades de mar y tierra, juntos con los funcionarios y notables de la ciudad, se reunieron en la iglesia, donde el arzobispo don Fr. Fernando Portillo y Torres, acompañado de su cabildo (2), de los padres franciscanos, dominicos y de la Merced, ofició una misa solemne, y pronunció la oracion fúnebre del virey de las Indias (3).

A las cuatro de la tarde tuvo lugar la traslacion á bordo del bergantin de guerra *Descubierta*, la cual participó de la pompa militar y

(1) «La caja es de largo y ancho como de media vara, y de alto una tercia: y se trasladó á un ataúd forrado de terciopelo negro, guarnecido de galon y flecos de oro.»—*Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.*—Coleccion diplomática, n.º CLXXVII.

(2) La primatie des Indes, d'abord unie á l'archevêché de Séville, avait été ensuite transportée á San-Domingo, qui fut érigé en archevêché, avec archidiaconat et chapitre, composé de quatorze chanoines.—Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, lib. VI.

(3) «Se cantó solemnemente vigilia y misa de difuntos, predicando despues el mismo Sr. Arzobispo.»—*Extracto de las noticias que comunicaron al gobierno los jefes y autoridades, etc.*—Coleccion diplomática, número CLXXVII.

de la religiosa: hubiérase dicho que era la marcha triunfal de las reliquias de un santo al ver la manera como la Iglesia honraba al mensajero de la cruz, al primer cristiano que publicó el nombre de Jesucristo en aquella isla. Las banderas iban cubiertas de crespon negro, y formaban con la comitiva detrás del ataúd, que era llevado por turno por las personas de más cuenta de la colonia, mientras las baterías de la fortaleza disparaban á intervalos con los buques de la rada, que además cruzaron los masteleros en demostracion de duelo. Llegados que fueron al pié de las murallas se detuvieron los acompañantes; el clero cantó los últimos responsos á la vista del mar, á orillas del Ozama; la ciudadela saludó con quince cañonazos, y al bajar la caja á la canoa de la *Descubierta*, el arzobispo puso en manos del capitán general la llave que la cerraba (1).

El bergantin zarpó en seguida, y se dirigió á la bahía de Ochoa, donde estaba anclado el navío *San Lorenzo*, que, al recibir el depósito, se dió á la vela con rumbo á la Habana, adonde arribó el dia 15 de Enero de 1796, y en cuya ciudad se habian preparado nuevos honores á los restos del héroe de los mares.

Recibióselos, en efecto, con toda la pompa posible. Tres filas de chalupas y canoas los acompañaron al desembarcadero, en medio del estruendo de la artillería de todos los fuertes y buques de guerra. El capitán general de Cuba y todos los funcionarios superiores de la isla aguardaban en la escala para recibir la caja y conducirla entre las tropas formadas á la plaza Mayor, en la cual se colocó sobre un magnífico carro fúnebre, y tuvo lugar la entrega. Profunda emocion cristiana sobrecogió en aquel instante todos los corazones, porque, como con intencion marcada lo demuestra el acta, en aquel mismo paraje se dijo la primera misa cuando se echaron los cimientos de la ciudad. Despues se encaminaron procesionalmente á la

(1) «En seguida el gobernador capitán general tomó la llave del ataúd de mano del Sr. Arzobispo, y la entregó al Sr. comandante de la armada para que la entregase al Sr. gobernador de la Habana.»—*Coleccion diplomática, n.º CLXXVII.*



catedral, donde ofició el arzobispo, y en seguida quedaron depositados los despojos en el presbiterio, á la derecha, presenciando el acto todas las notabilidades de la isla en medio del más profundo y religioso silencio.

Este aparato guerrero y religioso, en que tomaban parte con afán piadoso las masas del pueblo, las tropas de mar y tierra, las autoridades civiles y las corporaciones religiosas, no era tanto un testimonio de reconocimiento tributado á la revelacion del nuevo mundo, cuanto un homenaje «á la memoria del héroe cristiano que, habiendo descubierto aquella isla, plan-

tó el primero allí la señal de la cruz y propagó entre sus naturales la fe de Jesucristo» (1).

Adviértese en las exhumaciones sucesivas de Colon, que, ni aun con la vida, terminaron para él las agitaciones y mudanzas de su destino; y que, así como pidió cuatro veces asilo á la familia franciscana, y realizó cuatro expediciones de descubrimientos, su cuerpo buscó cuatro veces sepultura. ¡Diríase que lo prodigioso le sobrevivió, para que ni aún en la muerte, fuese parecido á los demás hombres!

(1) Extracto, etc., *ibid.*